

De la racionalidad económica a la crisis y de allí a las alternativas

Entrevista a Enrique Leff

Ambientalista mexicano, doctor en Economía del Desarrollo (Universidad de París, 1975). Investigador titular de tiempo completo del Instituto de Investigaciones Sociales y profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Fue Coordinador de la Red de Formación Ambiental para América Latina y el Caribe en el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA) y Coordinador de la Oficina del PNUMA en México hasta mayo del 2008. Editor de la colección *Pensamiento Ambiental Latinoamericano*.

GUILLERMO ALMEYRA Y EFRAÍN CRUZ MARÍN

Resumen

En la siguiente entrevista, efectuada el 11 de noviembre de 2008 en la ciudad de México, el ambientalista Enrique Leff analiza cómo la racionalidad económica occidental, macerada al calor de la cultura judeocristiana, ha desembocado en una lógica compulsiva que no se detiene ni ante la crisis ambiental que ya lleva cerca de medio siglo, la cual propone, como opción de salida, el desarrollo sostenible, lo que no es más que una moderación de un proceso que no cesa de crecer con el infinito como horizonte. Como contrapartida, desde una concepción ecosocialista, Leff impulsa un modelo económico que reconoce la finitud de la naturaleza, el potencial productivo de los ecosistemas y la creatividad cultural de los pueblos, que él vincula a una racionalidad ambiental.

Abstract

In the following interview, carried out on November 11th 2008 in Mexico City, environmentalist Enrique Leff analyzes how the Western economic rationality, macerated to the heat of Jewish-Christian culture, has led to a compulsive logic that does not stop even before the environmental crisis which has been going on for almost half a century, which suggests the sustainable development, which is just a moderation of a process that does not cease to grow with infinity as a horizon. In contrast, from an eco-socialist conception, Leff promotes an economic model that recognizes nature's finite condition, the productive potential of ecosystems and the cultural creativity of peoples, which he links to an environmental rationality.

Palabras clave

Racionalidad ambiental, ecosocialismo, crisis ambiental, sustentabilidad, agronegocios, transgénicos.

Keywords

Environmental rationality, ecosocialism, environmental crisis, sustainability, agribusiness, transgenics.

Cómo citar este artículo

Leff, Enrique 2009 "De la racionalidad económica a la crisis y de allí a las alternativas" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año X, N° 25, abril.

¿En qué orden pondrías los grandes problemas ambientales y en qué medida los ves ligados con la crisis financiera que se da también como crisis de sobreproducción y como crisis del modelo industrial actual de producción en todos los países y en particular en China, la nueva potencia emergente?

Comenzaría diciendo que la crisis ambiental no es una crisis coyuntural y no es una simple confluencia o coincidencia de una crisis ecológica con una crisis global del capital o con la más reciente crisis financiera. La crisis ambiental es originada por la economía pero en un proceso histórico más amplio, en el sentido de la forja y el desarrollo de esta racionalidad económica, como la gran generadora de la crisis ambiental al ir destruyendo la naturaleza, consumiendo las bases de sustentabilidad de la vida y acelerando la muerte entrópica del planeta.

Cuando irrumpe la crisis ambiental ante el desconcierto de la humanidad a fines de los años sesenta y principios de los años setenta, aparece como un cuestionamiento del sistema económico, planteando los límites del crecimiento. Es la primera vez, desde la revolución industrial, que se plantea la idea de que la economía tendría límites. Límites más allá de las contradicciones del capital por la explotación de la fuerza de trabajo; límites impuestos por la propia naturaleza más allá de las crisis cíclicas del capital o incluso de los rendimientos decrecientes de la tierra, como se decía ricardianamente, es decir, de ese tipo de circunstancias en las cuales se fue configurando todo este proceso de desarrollo y de expansión del mismo capital.

Este proceso económico va generando niveles crecientes de consumo, de explotación y de transformación destructiva de la naturaleza. Fue hacia los sesenta, principios de los setenta, cuando se hizo visible una crisis ambiental que se estaba cocinando dentro de las "contradicciones del capital". Ese es el origen y la causa mayor del desastre ecológico. No el crecimiento de la población humana *per se*, sino la relación de un modo determinado de producción, de una racionalidad económica que destruye sus propias condiciones de sustentabilidad. Ciertamente, este proceso económico está asociado con una inconsciencia del daño que se le hace a la naturaleza. Y esta inconsciencia tiene que ver con ideologías ancestrales, con la idea judeocristiana del predominio del hombre sobre la naturaleza, del derecho y la necesidad del ser humano de dominar a la naturaleza en beneficio propio, con toda una visión cultural anterior que desemboca en la idea de un progreso ilimitado, que anida en el iluminismo de la razón y en la forja de la ciencia moderna, y particularmente en la construcción e institucionalización de la economía.

A estas ideologías, provenientes de religiones ancestrales, se suma el pensamiento metafísico que funda la civilización occidental, la disyunción del ser y el ente que establece las condiciones para la emergencia de la ciencia moderna que se funda en una pretendida construcción objetiva de la realidad, en la búsqueda de una transparencia del mundo mediante un conocimiento objetivo.

Estas formas de pensamiento fueron el caldo de cultivo de la ciencia, de la cual proviene la racionalidad económica que ha predominado a lo largo de todos estos tiempos, desde Adam Smith hasta la fecha. Una economía que se forja en el modelo mecanicista de la ciencia, donde uno aprecia la manera de entender la economía como conjugación de factores de la producción, donde la naturaleza es desnaturalizada y convertida en recurso natural, en materia prima, en objeto de trabajo. El glosario de términos que estructuran a la ciencia económica nos muestra ese deseo de objetivar la naturaleza, de absorberla como objeto. Esto conduce a un modo de producción, a un modelo de progreso, ilimitado, que lleva a crecer expansivamente, sin tener un mecanismo interno de equilibrio, de regulación, de estabilización. Por ello el proceso económico opera como una manía de crecimiento, que no solamente se manifiesta en sus crisis cíclicas y en la crisis financiera más reciente, sino también en una crisis ambiental. El proceso económico y la degradación de la naturaleza están de esa manera estrechamente vinculados.

Esa visión de la economía en función solamente de la producción, considerando que la naturaleza y los costos ambientales no tienen ninguna importancia, se concretaba en la idea de Nikita Jruschov de que el socialismo consiste en más goulash¹, o de China, de producir más. Entonces, ella no es solamente una visión de la mundialización propia del capital financiero, sino que es una visión sistémica...

Yo diría que es sistémica en tanto que la racionalidad que gobierna a la economía está tanto en el modelo capitalista como en los modelos socialistas, con sus grandes diferencias. Se inscribe en ese modelo de crecimiento, independientemente de las variaciones resultantes de quiénes poseían realmente los bienes de producción, de cómo se distribuían y de cómo se reinvertía en el proceso económico. La gran diferencia con el modelo socialista era que el excedente económico lo acaparaba el Estado y lo reinvertía como un mecanismo de aceleración del crecimiento; de ahí derivó toda esa pugna entre el capitalismo y el llamado socialismo real para ver quien crecía más rápidamente, lo que desde una perspectiva ambiental llevaba al mismo fin catastrófico de destrucción de la naturaleza que hoy estamos viviendo. Los modelos "socialistas", pues, fueron tan depredadores, o más, que el sistema capitalista. Hoy en día lo vemos en un país como China, al que ya de socialista le queda poco, porque está totalmente imbuido de la racionalidad del mercado y en este propósito de crecimiento económico ilimitado, consumiendo sus recursos fósiles, su carbón, contribuyendo al cambio climático.

Solemos señalar como causante de la actual crisis ambiental a Adam Smith, porque creó la economía, o hablar de algún economista más actual, o echarle la culpa al señor Bush. Pero la causa de todo esto fue la estructuración de este modelo, de esta racionalidad económica, que no armoniza con la naturaleza, con la constitución ecológica del planeta, para no hablar de otras cuestiones que son igualmente sensibles y graves, como la equidad y la justicia, el valor y el sentido de la vida misma, que al ser cosificada dentro de una vía instrumental, genera no sólo una degradación ambiental sino también del tejido social, de la solidaridad humana, del sentido de la vida. Todo esto se articula en una crisis socioambiental, que no es solamente de carácter ecológico, sino que está también entramada con la degradación del sentido existencial, de la relación entre cultura y naturaleza.

¿Crees, como se suele hacer a menudo en la academia, que se puede hablar de desarrollo sustentable manteniendo todos los parámetros productivistas actuales, o sea trasladando al futuro el tipo de consumo actual, la visión de la economía que actualmente se tiene, la visión de la naturaleza? En pocas palabras ¿es posible sostener una visión según la cual sería sustentable mantener el actual ritmo de producción y de consumo, que es depredador?

¡Claramente no! No es posible hablar ni alcanzar la sustentabilidad manteniendo el modo de producción y los modos de consumo actuales. El concepto de sustentabilidad emerge justamente como marca de esa imposibilidad. Lo que tenemos que entender también es el sentido que se da al concepto de sustentabilidad y la manera como no sólo ha sido desgastado, sino también pervertido por el poder establecido. La sustentabilidad es el concepto del límite que establece la estructura ecológica del planeta vivo que habitamos y las leyes mismas de la naturaleza al proceso económico; límite que la economía desconoce, que no respeta y por lo que actúa destruyendo la naturaleza y degradando el ambiente. La sustentabilidad viene a señalar que la economía, y toda la racionalidad moderna, son ecológicamente insustentables. La crisis ambiental ha venido a plantear el límite de un modelo, de una racionalidad, lo cual confronta de una manera radical con todo un sistema de creencias y de intereses.

Sin embargo, desde que irrumpe esta crisis ambiental en la que se plantean los límites del crecimiento, el interés económico ha intentado darle la vuelta, y ha producido un discurso simulatorio que busca desvirtuar todo análisis crítico, generando las estrategias del desarrollo sostenible. Esta ideología intenta reabsorber la crisis ambiental dentro de la misma racionalidad económica, a diferencia del concepto de sustentabilidad que emerge de otra racionalidad, de una racionalidad ambiental.

Nosotros en castellano tenemos dos palabras para designar dos visiones y dos formas de enfrentar la cuestión de la crisis ambiental. Una que es la que toma la palabra "sustentabilidad" al pie de la letra, desde las condiciones de sustentabilidad ecológica y a las cuales se pueden añadir las condiciones de sustentabilidad sociocultural y el sentido existencial de la gente. La otra, la que pervierte este sentido crítico y que pretende que extendiendo el sistema económico a todos los órdenes ontológicos, a todos los procesos naturales que anteriormente no eran parte de la economía, se solucionaría el problema. Es toda esta idea de extender la racionalidad económica a lo que hoy se denominan bienes y servicios ambientales —el aire, el agua, los bienes comunes—, esos procesos naturales que nunca debieran cosificarse y menos privatizarse porque son los elementos básicos de existencia de la vida misma.

Hoy en día, la economía ambiental, la llamada economía neoclásica del medio ambiente, que no es lo mismo que la economía ecológica, intenta resolver esta crisis en el plano de la misma economía que generó la crisis, es decir, asignándole valores económicos y precios de mercado a la naturaleza, siguiendo y extendiendo el mismo sistema de pensamiento, de raciocinio, de cálculo, de valoración, a todas las cosas del mundo. Esta pretensión es un imposible.

Entonces hay que distinguir esos dos conceptos: la sustentabilidad y la sostenibilidad, que responden a dos concepciones y dos estrategias muy diferentes para

afrontar y resolver la crisis ambiental, desde una racionalidad económica o una racionalidad ambiental. El desarrollo sostenible no es sustentable porque desconoce las condiciones que impone la naturaleza a la economía; y por lo tanto tampoco es sostenible. Es una falacia y una perversión del pensamiento crítico que viene realmente a confrontar esta crisis civilizatoria. Por otra parte, la sustentabilidad abre vías para repensar la producción, no el crecimiento, porque el sistema económico no puede crecer al infinito, porque allí hay una contradicción y porque la naturaleza es finita.

Lo que busca el principio de sustentabilidad es generar nuevas formas de producción y de convivencia con la naturaleza, que armonicen con la naturaleza misma, por ejemplo, con la capacidad de conservación, producción y renovación de los propios sistemas naturales, con su productividad ecológica, y articular a esa productividad ecológica una productividad cultural, es decir, la capacidad de los seres humanos de recrear la naturaleza pero en un sentido sustentable, lo cual no sólo plantea la sustentabilidad fuera de una visión estrictamente economicista, sino también ecologista, es decir, de una pretendida aplicación de una ciencia ecológica para la gobernabilidad ambiental del mundo. Pues eso también es una falacia. La ecología nos enseña muchas cosas, como a entender la trama ecológica del planeta, los ciclos ecológicos, pero no podemos nosotros sustraernos, como seres culturales, de todos esos procesos de significación de la naturaleza, extender la ecología a una ciencia de las ciencias, a un paradigma omnicomprensivo que incluya los procesos simbólicos y culturales.

Por esta otra vía, la sustentabilidad se construye socialmente, desde la concepción de una racionalidad diferente, de una racionalidad ambiental, desde la cual se puede repensar la producción en términos de un equilibrio ecológico, de una reapropiación de la naturaleza desde la cultura y desde las culturas; y esto abre la vía para una deconstrucción de esta lógica imperial dominadora de todo el planeta, que impone el proceso de globalización desde la racionalidad económica dominante, que es insustentable, y abre la vía para nuevos procesos de producción en armonía con la naturaleza, de convivencia entre culturas diversas. En ese sentido debemos entender la sustentabilidad.

Ahora, pasando a algo más concreto, Barack Obama acaba de decir en su campaña presidencial que va a anular el veto que imponía Bush a la aprobación del Protocolo de Kyoto sobre las emisiones de gases nocivos. Al mismo tiempo, dice que va a fomentar y subsidiar la producción de automóviles en Estados Unidos, la búsqueda de nuevas reservas petrolíferas y la utilización de nuevas fuentes de energía. Las medidas –si es que se adoptan– de reducción de las emisiones de gas en los Estados Unidos, ¿son significativas o no? Y, en segundo lugar, si eso va unido al fomento de otro tipo de fuentes de energía, sobre todo la atómica, y a más desarrollo petrolero en lo inmediato, ¿qué coherencia hay entre una cosa y la otra?

Ciertamente, la revoltura de todos estos “decires” cuaja en un discurso un tanto esquizofrénico e incluso contradictorio, como resultado de querer responder a diversos intereses y demandas políticas. Por una parte son positivas las buenas intenciones de Obama de incorporarse a las negociaciones del Protocolo de Kyoto y asumir una responsabilidad ante el cambio climático. A estas alturas ya no es posi-

ble negar y soslayar este problema que enfrenta la humanidad, ante la emergencia de una conciencia y una responsabilidad que están ya latiendo en la ciudadanía estadounidense, el ir entendiendo que no pueden seguir con ese modelo de producción y consumo, porque se necesitaría para ello varios planetas.

Ahora bien, darse cuenta de que uno está desquiciado ayuda a atender la locura, pero no basta para entenderla y para resolver un error histórico de la humanidad que está arraigado en una racionalidad social, en una mentalidad, en una institucionalidad de la cual no somos aún plenamente conscientes. Yo confío en que con el cambio de gobierno, los Estados Unidos desistirán del absurdo de quererse abstraer de acuerdos internacionales como el Protocolo de Kyoto. Sin embargo, el Protocolo de Kyoto no es ninguna panacea. Este acuerdo nace de negociaciones muy difíciles para conseguir disminuir las emisiones de gases de efecto invernadero sin tocar ni trastocar la dinámica de la economía, de una economía tradicionalmente insuflada por recursos fósiles. Se enfrenta a la dificultad de ponerle un alto al funcionamiento de esta racionalidad económica. Por ello nace ya pervertido en cuanto a los mecanismos que ha establecido para alcanzar sus fines: detener el cambio climático. Por ejemplo, se apuesta más a la capacidad de la propia racionalidad económica para regular el cambio climático a través de negociaciones y transacciones económicas sobre la absorción de las emisiones excedentes de dióxido de carbono que producen y emiten los países más ricos por los países más pobres (el mercado de bonos de carbono) mediante el mecanismo de desarrollo limpio. El protocolo establece una responsabilidad de disminuir los niveles de emisiones por debajo de los niveles alcanzados en 1990, según los acuerdos de Río de Janeiro en 1992. Sin embargo, los países están muy lejos de haber cumplido ese compromiso. Ahora, luego del último acuerdo del G8, se dice que deberán reducirse en un 50% hacia el 2020, aunque no dice si es un 50% a partir de ahora o un 50% a partir de 1990. Menos aún se dice como habría de lograrse ese objetivo con el funcionamiento del sistema económico actualmente establecido y dominante.

“Lo que yo me pregunto es cómo demonios van a reducir sus emisiones, porque si la idea es que la tecnología lo resuelva, simplemente esto no va a suceder”

Es decir, se están adoptando una serie de acuerdos voluntaristas un tanto inconsistentes, en el sentido de que llegan los presidentes y dicen “la cosa está muy mal, nos dice el informe de los expertos del Panel Intergubernamental de Cambio Climático que si seguimos así y rebasamos las quinientas o quinientas cincuenta partes por millón de dióxido de carbono, eso podría resultar catastrófico, entonces digamos que sí le vamos a bajarlas al 50 por ciento”. Los europeos vienen intentando hacerlo de manera más consistente, pero ninguno ha logrado bajar a los niveles que habían acordado cuando se firmó el Protocolo de Kyoto, que era a los niveles de 1990. Ahora dicen que sí van a bajar un 50 por ciento en los próximos 15 años. En inglés se llama a eso “*wishfull thinking*”, aunque es mejor que exista una apuesta y un acuerdo en este sentido, a que digan “no nos importa”. En ese sentido es positivo ese tipo de pronunciamientos y de acuerdos. Lo que yo me pregunto es cómo demo-

nios van a reducir sus emisiones, porque si la idea es que la tecnología lo resuelva, simplemente esto no va a suceder, como ya se mostró después de unos quince años donde se puso a prueba este intento de “desmaterializar la producción” liderado por el Instituto Wuppertal de Alemania. Obviamente si se gasta una décima parte o una cuarta parte de naturaleza por unidad de producto, pues hay menos desgaste de naturaleza y hay menos producción de entropía. Pero eso no resulta así por la misma dinámica de la economía y porque la innovación tecnológica y el funcionamiento de la tecnología tienen sus límites. Y porque la tecnología simplemente no puede revertir y menos anular las leyes de la entropía.

Por otra parte, porque los países siguen enganchados en una manía por el crecimiento económico, porque creen que es la única vía para crear empleos, resolver el problema alimentario y generar bienestar. Entonces pretenden soluciones ecológicas con efectos socioambientales colaterales, como los biocombustibles. Esa, decían, era una de las vías para disminuir el desgaste de la naturaleza. Pero ¿qué resulta? Que si uno analiza el ciclo completo del biocombustible no se ahorra la cantidad de energía que pretendían ahorrar. Por otra parte, se ocupan tierras que en la mayor parte de los países son necesarias para la producción de alimentos.

Entonces, mientras no se logre salir de esta racionalidad, el grado de ecologización de la economía es muy reducido y entra por laberintos que finalmente no conducen a un fin positivo. La resultante no es una reducción neta de los gases de efecto invernadero a los niveles que se precisan. Porque finalmente, después de todas estas “reconversiones ecológicas”, emprendidas con la mejor intención, pero con la misma ceguera, la emisión de gases de efecto invernadero no se ha detenido y sigue en aumento. Ciertamente, ante las alzas de los precios del petróleo y por la misma conciencia que se está generando sobre los efectos del cambio climático, se están promoviendo nuevas fuentes de energía, no sólo la nuclear; pero si la canasta de las energías alternativas es el 10% y el resto son recursos fósiles en su mayoría, seguiremos incrementando las emisiones de gases de efecto invernadero. ¿Por qué? Por el crecimiento económico. Y el problema no son sólo los países industrializados por su dificultad de desengancharse de la racionalidad económica en la que están “genéticamente” inscriptos. Más allá de que los Estados Unidos sigan el camino que han iniciado los países europeos, hoy nos enfrentamos a las estrategias de las economías emergentes, a la locura de la expansión económica de China y de la India.

Por todo ello, no podemos ser candorosamente optimistas sobre el futuro del cambio climático. Para ser optimistas necesitamos pensar en verdaderas alternativas de desarrollo, y es muy difícil que esas se generen en los países del norte, en los países más industrializados, porque están muy atados ya a un sistema productivo, a la escala de sus economías, a una escala de valores y a un estilo de vida. Por ello debemos echar la mirada hacia el Sur y construir la sustentabilidad desde el Sur, desde los países ricos ecológica y culturalmente.

¿Cree que la ventaja de algunos países, de los llamados “emergentes”, como Brasil y Argentina, y de los países de América Latina y de África, reside precisamente en que no están obligados a incorporar los usos de la tecnología y los modelos de producción actuales? Podrían encontrar con mayor facilidad otro tipo de tecnología, de producción y de consumo, a diferencia de lo que pasa en China o en la India.

Probablemente, el crecimiento, es decir, la cantidad de productos por habitante, sería inferior, pero la calidad de la vida y las relaciones sociales mejorarían enormemente.

Tiene toda la razón... así sería. Donde podría estar la alternativa y una buena parte de la solución es en los países del Tercer Mundo y en los países tropicales, porque es ahí adonde puede construirse otro modelo productivo y otro modelo social. Brasil es sin duda el país que por su extensión territorial, por su riqueza biológica, por su potencial ecológico –pensemos solamente en la Amazonía–, por su sensibilidad y su cultura, sería capaz de mostrar eso que se dice en el Foro Social Mundial, que otro mundo es posible. Pero se necesita algo más que pregonar que otro mundo es posible, mostrar cómo se construye ese mundo, sobre qué bases. En este sentido, falta entender y aplicar algunos de los conceptos y de las ideas que hemos estado elaborando en América Latina sobre lo que sería la construcción de la sustentabilidad desde una racionalidad ambiental. Es decir, de una racionalidad productiva basada en las condiciones ecológicas de cada región, de cada país, de cada localidad. Movilizar a todas las poblaciones desde sus conocimientos tradicionales hacia la incorporación de otros saberes, incluidos los científicos, y ponerlos a disposición de la recuperación de sus territorios, mediante modos de producción y estilos de vida sustentables; enlazar estas economías locales, estos modelos de sustentabilidad ecológica entre ellos, intercambiar técnicas, experiencias y saberes, y generar un proceso de diversificación de procesos productivos.

Para ello es necesario salirnos del modelo hegemónico, del pensamiento único, de la idea de que la racionalidad económica va a venir a ordenarnos la vida, a ofrecernos una vida sustentable. En la medida en que esta racionalidad ambiental vaya arraigando, que vaya penetrando a través de procesos educativos, como está sucediendo en el campo de la educación ambiental, también en algún momento los tomadores de decisiones podrán abrirse más, comprometerse más, para dar la oportunidad a la construcción de este otro mundo, que es absolutamente posible. Lo que pasa es que hoy en día cuando surgen estas posibilidades, movilizadas por estas ideas y por los movimientos sociales emergentes, son aplastados por el poder establecido, por la racionalidad impuesta, por los militares y los paramilitares, por el ejército, por los gobiernos mismos, como ocurre en Colombia, allí donde las poblaciones negras, en los años '90, habían recuperado toda su riqueza biológica, su biodiversidad, en la región del Pacífico, donde se habían reapropiado de ese espacio y de su propia cultura, y estaban en un proceso de generar nuevas formas de sustentabilidad. Entonces lo que se necesita es realmente salir de este modelo, de sus intereses y abrir nuevas vías civilizatorias que lleven a la sustentabilidad.

Este proceso emancipatorio se viene dando en varios ámbitos sociales en América Latina. Hay un movimiento fuerte por la educación ambiental, donde estas ideas están germinando. En la Argentina, la Confederación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina, por ejemplo, ha sido un espacio formidable en el que el gremio de los educadores está renovando su concepción y sus prácticas pedagógicas mediante una carrera de formación en educación ambiental de los docentes afiliados a CTERA. Asimismo, se están dando procesos de esta naturaleza en diversas comunidades indígenas y campesinas que están reconstituyendo sus prácticas productivas hacia la sustentabilidad. El movimiento agroecológico es muy importante en nuestra región. Lo que pasa es que estos procesos se dan a con-

tracorriente con el sistema establecido y con criterios del manejo de la economía y del poder en nuestras aún jóvenes democracias que no alcanzan a comprender y a abrirle el camino a estos nuevos caminos de reconstrucción civilizatoria.

Un agravante de la crisis, inevitable desde mi punto de vista, es que muchos gobiernos, que incluso desean una política diferente, más progresista, menos dependiente de las grandes transnacionales, el agribusiness, etc., van a tener que optar seguir en esta lógica perversa del productivismo, por más de lo mismo y de lo peor. Por ejemplo, en Argentina, exportar más soja a China a costa de los suelos, darle importancia a la minería a cielo abierto para conseguir oro, porque el precio de las otras materias primas cae, depredar totalmente los recursos hídricos que de todas maneras son gratis. Se corre un gran riesgo inmediato si no hay un movimiento de conciencia que pare eso (como en parte están parando los pobladores de las zonas donde quieren abrir minería a cielo abierto que dicen "no, nuestro ambiente no se toca"). ¿No se corre el riesgo de que se potencie el tipo de producción destructora para tener más ingresos?

Es lo que se ha venido dando. La Argentina, para salir de su crisis, aceleró la vía de la producción de transgénicos sin una visión de mediano y largo plazo. No soy adivino pero preveo que su ilusión de recuperar su economía por la exportación de soja transgénica se les puede acabar muy pronto. Los chinos tienen suficiente territorio para producir soja transgénica muy pronto. ¿A quién le va a exportar Argentina la soja transgénica? Acabo de estar en Chajarí, en los márgenes del río Uruguay, muy cerca de donde ocurren las disputas por las papeleras, y he visto toda esa zona de la pampa legendaria transformada en latifundios genéticos, donde el ganado se ha movido a tierras cada vez más degradadas, donde la carne que están produciendo ya no es de la misma calidad. Además, la mejor carne ya no se la comen los argentinos, ni los turistas o los viajeros que vamos por ahí pregonando la sustentabilidad. La carne que produce ese ganado bovino ahí en las islas del Paraná, que están quemando para regenerar esa vegetación de segunda calidad, está siendo degradada. No sólo están degradando su producción y su calidad de vida, sino que han generado una nueva clase económico-social, el productor sojero, que ha desplazado al pequeño productor, y que hoy en día se ha convertido en un grupo político que confronta al gobierno democrático.

Todos estos procesos que se están dando por salir a flote de una crisis pero manteniendo las mismas racionalidades, llevan a generar otras monstruosidades colaterales, que no ofrecen ninguna salida para una sustentabilidad. Tras la llegada ahora de la crisis financiera, va a ser más difícil esa salida, hasta que, quizás, llegue la economía a un desquiciamiento tal que tenga que optarse otra vez por formas comunitarias de resolver la vida cotidiana, como sucedió durante la crisis argentina. Quizás la crisis de esta racionalidad tenga que llegar a un extremo aún mayor para que volvamos a redescubrir otras formas de convivencia humana, de solidaridad social y de producción sustentable, partiendo de las condiciones ecológicas de nuestro medio y de la revalorización de nuestras culturas. Quizá sea el camino para la construcción de la sustentabilidad desde una recuperación de nuestras identidades latinoamericanas.

Nota

1 Nos referimos al guiso húngaro de carne.